

tica que centra todo el volumen: la ironía y el humor negro. Aspectos que se perciben en la caricatura del muerto de la portada, en la dedicatoria: «A Maite que está de miedo» y en el cierre del libro: «Se terminó de imprimir el treinta de agosto de dos mil cuatro, día de la iglesia de Satán, fundada por Antón Szandor La Vey, domador de leones, organillero, pintor, intérprete del diablo en «Rosemary's Baby y autor de la Biblia Satánica». Hay que añadir, además, que las tres citas que abren el volumen, Borges, Poe y Lovecraft, son un homenaje a la literatura de terror y una declaración de principios: el miedo repele y, sobre todo, atrae. Pero mientras que en los referentes señalados el espanto se tomaba en serio, en Iwasaki se vuelve burla macabra, juego sarcástico y algo cotidiano. El extraño título no es otra cosa que un intento de aunar la muerte y lo doméstico en una ceremonia natural y espectral ya que como explica el autor en el prólogo, el título se refiere al menaje (vestidos, joyas, alimentos...) que acompañaba a los muertos en el Perú antiguo.

Esta sensación de burla, de divertimento permite pensar que el autor de *Inquisiciones peruanas* no se toma en serio el horror que tanto espanto produjo en otros. Iwasaki confiesa que para escribir el libro recurrió a sus pesadillas y

a otras ajenas que le fueron contadas. Lo llamativo de *Ajuar funerario* es que en 126 páginas graviten 89 microrrelatos escritos desde la certidumbre de que no puede existir algo peor que esta vida. Fantasmas, muertos vivientes, monjas asesinas, vampiros, enigmas, suicidas, niños perversos, casas encantadas, libros misteriosos... son visitantes asiduos de estas páginas que eluden y jamás caen en el tópico de la literatura de este género.

Estructuralmente hay una reducción de la historia a lo mínimo, al esqueleto (nunca mejor dicho) de lo fundamental, una depuración de lo esencial, una reducción microscópica temática y estilística que conduce a finales sorprendentes. Como señala el propio escritor: «Un microrrelato de terror no puede aspirar al misterio y la creación de atmósferas, sino a provocar sensaciones fulminantes como el escalofrío, la náusea o el sobresalto». Todo ello lo encontramos en este libro que lanza una propuesta novedosa en el tratamiento del miedo pero que en algunos momentos produce la sensación de que algunas de las historias están inacabadas, sólo apuntadas e insinuadas, faltas, en definitiva, de un desarrollo mayor. A pesar de ello *Ajuar funerario* es un alarde verbal de concentración expresiva en el que su autor al usar el término necesario, exacto

y único, consigue que estas mini-historias efectivamente «tengan la brevedad de un escalofrío».

**Temporada de fantasmas**, Ana María Shua, *Páginas de espuma*, Madrid, 2004, 132 pp.

Parece que el microrrelato o «el cuentículo» como algún crítico ha denominado a estas brevedades está en alza y que nunca como ahora el aforismo de Gracián: «lo bueno si breve dos veces bueno», ha tenido tanto sentido. Este procedimiento, por otro lado, no es novedoso y cuenta con una larga tradición que nos remite a la antología *Cuentos breves y extraordinarios* que en 1950 publicaron Borges y Bioy Casares.

Ana María Shua (Buenos Aires, 1951) se confirma y consolida con *Temporada de fantasmas* como uno de los nombres a tener en cuenta. Admiradora de Monterroso, la autora de *La sueñera* reconoce que la única limitación de la brevedad es que no permite desarrollar personajes ni acciones. Las minimales ficciones de esta escritora entrañan una dificultad lectora ya que exigen no sólo un lector competente sino un esfuerzo por parte de éste para construir la totalidad, contenida, a veces, en tres líneas, a partir de lo fragmen-

tario. Además, el lector no debe confiar en que la brevedad tenga que ver con la facilidad pues lo que Ana María Shua plasma es la complejidad del mundo. Cuentos concentrados, «bellos como teoremas» según la expresión del argentino David Lagmanovich que obligan a leer de otra manera.

Filtros de amor que provocan horrendas metamorfosis; copulaciones imposibles; desenfreno sexual y riguroso ascetismo; hombres que se enamoran cuando se mueren; ardillas que entienden de bolsa; piedras que se convierten en montañas; la muerte es sus variantes más conocidas (suicidio, vejez, enfermedad...) y, sobre todo, la certidumbre de que la vida es riesgo y «el desenlace siempre es fatal». Hay muchas lecturas de leyendas, mitos, cuentos, contenidas y asimiladas en este libro en el que se funden fantasía y realidad de una manera peculiar ya que lo cotidiano se resuelve de forma maravillosa y lo extraordinario de manera trivial.

No hay duda de que esta literatura tan concisa es una forma arriesgada de experimentación, un delicado ejercicio de estilo impresionista en el que la palabra es la clave de esta escritura impecable. Como señala la autora: «Los microrrelatos necesitan mucha reflexión. Hay que corregirlos muchas veces porque cuando se trabaja en

un espacio tan breve, cada palabra tiene un peso enorme. En este caso, las minificciones se parecen a la poesía, cada palabra encaja en su lugar exacto como un pequeño rompecabezas. No puede haber el mínimo roce, la menor incomodidad. Tiene que calzar perfectamente una con otra». Un estilo, por tanto, que al operar elípticamente convierte estas ficciones en “invisibles y traslúcidas” ya que, en definitiva, lo que la autora espera del cuento brevísimo es que «resulte inasible y resbaladizo como cualquier pez o cualquier texto literario».

**Muerte de nadie**, Arturo Arango, Tusquets, Barcelona, 2004, pp. 281.

Arturo Arango (Manzanillo, Cuba, 1955) autor de libros de cuentos, novelas, ensayos y guiones de cine, además de ser jefe de redacción de *La Gaceta de Cuba*, es un escritor que a pesar de que vive en Cuba no entiende la palabra «ostracismo» pues su obra ha tenido una proyección internacional y su guión de la película *Lista de espera* —basada en un cuento suyo— fue premiado y el filme proyectado en Chicago, España, Francia, Alemania... Comenzó a escribir a mediados de los 70 en un momento de extrema dogmati-

zación ideológica en la isla. Perteneció, por tanto, a la generación de Senel Paz, Leonardo Padura, Abel Prieto, Reinaldo Moreno... A de 1990 partir el mito de la revolución cubana está debilitado, cuando la aparición de nuevos discursos cuestionaban la hegemonía del oficial y cuando la grave crisis económica por la que atravesaba Cuba, permitirá a algunos intelectuales, como los señalados anteriormente, definir una literatura con acento propio.

La narrativa de Arango es un ejemplo de esa literatura que aborda aspectos de la realidad nacional sin caer en la literatura testimonial de los años 60 y 70, género, por otro lado, que no interesa al autor de *La Habana elegante*. Arango piensa que, precisamente, la terrible realidad de Cuba desató la imaginación y que la crisis económica de los 90 provocó un estallido de lo positivo y que crecieran importantes proyectos literarios. Para Arango el discurso oficialista no se encuentra en la literatura sino en la prensa ya que aquella se ocupa de personajes (Jineteras, balseros, drogadictos, homosexuales...), situaciones y zonas marginales de los que la prensa no dice absolutamente nada mientras que pueblan las páginas de las novelas de esos escritores que cuentan la realidad cubana de otra manera.

*Muerte de nadie* recibió el premio de novela de Casa de Teatro en República Dominicana. Es un libro que condensa la novela de aventuras, la histórica y la detectivesca, a la vez que es, también, la novela del Dictador. A pesar de las evidentes afinidades con la Cuba de Fidel Castro, no es una novela política. El personaje, testigo de la situación de injusticia y miseria que vive la población de Calicito y en la que se ve envuelto involuntariamente, al contarnos los pormenores remite indirectamente a un espacio real, próximo y muy conocido para el escritor. Lo más interesante de este texto es la capacidad de Arango para sorprender al lector con la aparición de elementos nuevos. Así Telegón, el capitán del barco *María* que, después de vagar a la deriva a causa de un ciclón, llega a la isla de Calicito el día de la muerte del dictador Josué, se convertirá, incomprensiblemente, en el encargado de investigar la muerte del líder. El camino que inicia en la investigación hacia el descubrimiento de la verdad le aclarará que es hijo del dictador y que se ha urdido la mentira de su asesinato con el fin de provocar el caos y la paranoia en el pequeño país, siempre, amenazado por un enemigo eterno. Una novela cuyo referente es la realidad cubana de este autor que confiesa tener afinidades lite-

rarias (Borges), filmicas (Gutiérrez Alea), de cantautores (Silvio Rodríguez) y pictóricas (René Portocarrero).

**El ángel literario**, Eduardo Halfon, Anagrama, Barcelona, 2004, pp. 135.

Quizás lo más sorprendente de este inclasificable libro —como dice su autor «casi parece un diario, casi parece un libro de cuentos, casi parece una novela, casi parece una autobiografía», aunque podríamos añadir que, también, tiene algo de ensayo y, sobre todo, de minienciclopedia de fuentes literarias— sea en primer lugar esa calidad de mosaico por el que no sólo desfilan los retratos de una serie de admirados escritores, sino el autorretrato que Eduardo Halfon hace de sí mismo y en segundo lugar, la ausencia de referencias a los horrores y miserias de la historia de Guatemala a favor de una prosa condensada, en algunos momentos casi telegráfica, de un estilo preciso y de una temática en torno a la inspiración literaria.

Eduardo Halfon (Guatemala, 1971) escribe a partir de la propia experiencia y lo hace sin olvidar su formación como ingeniero en Estados Unidos. No son raros los